

Nair María ANAYA FERREIRA y Claudia LUCOTTI, *Las voces de Calibán (Narrativa en inglés en África, Australia, Canadá, el Caribe y la India)*. México, UPN, 1993. 60 pp. (Los cuadernos del acordeón, 28)

Hay temas que de pronto revelan su importancia ante nuestros ojos. Si bien jamás carecieron de ella, otras preocupaciones parecían entretenernos y, por tanto, los descuidábamos. O los mirábamos con enfoque distinto al que realmente les tocaba. Eurocentristas por herencia, tardamos en comprender el mensaje enviado por voces a las que situamos en la periferia, insensibles al daño que nos hacíamos ignorándolas. Ahora, todo esto ha ido cambiando a impulsos del desarrollo político y social de nuestro universo ideológico.

Este opúsculo de Nair Anaya y Claudia Lucotti ayuda a que meditemos actitudes y posiciones. Nos recuerda —debiera ser innecesario— que no todo lo escrito en inglés pertenece a Inglaterra. Lo sabíamos, aunque conservándolo en el limbo de las ideas postergadas. Claro, Nadine Gordimer, Patrick White, Salman Rushdie. Todos los conocemos y muchos los apreciamos. Pero, e introduzcamos una paradoja, los apreciábamos como narradores. Las autoras los aceptan como tales, obviamente, pero agregan dimensiones nuevas a la situación: los significados que estos autores tienen como representantes de otra cultura, de otro uso de la lengua inglesa. Y de pronto, el panorama se enriquece y adquiere una complejidad que no suponíamos existente.

Esta labor no hubiera podido cumplirse sin la preparación que las autoras tienen. Especialistas ambas en literatura inglesa y norteamericana, a partir de esa base fueron ampliando las zonas de actividad, y el opúsculo comentado nos prueba cuán minuciosas han sido en explorar los territorios nuevos. Desde luego, el estudio publicado más habla de futuro que de presente. Es decir, anuncia la riqueza que esta investigación literaria irá adquiriendo según se acumulen datos, lecturas y crítica.

Pero lo propuesto en las sesenta páginas del texto da pie a consideraciones ya importantes. Al estudiar cinco regiones del mundo donde el inglés tiene un uso abundante o es la lengua primordial, Nair y Claudia ponen sobre el tapete las cuestiones fundamentales en estos casos. Por

ejemplo, el idioma mismo. Trátase del inglés, lo venimos repitiendo, pero su condición de vida es distinta en Australia y en el Caribe. Porque en el caso del primer país el inglés se impuso como lengua prácticamente única, borrando del mapa a las otras allí existentes. Por lo tanto, los escritores australianos no se enfrentan a problemas de identidad, y tan sólo es cuestión de la idiosincrasia adquirida por el inglés en el nuevo ámbito.

África, el Caribe y la India plantean una situación muy diferente. El inglés fue lengua impuesta por el colonizador, que procuró opacar en los países conquistados la presencia de otros idiomas con antigüedad mayor. De esta manera, los escritores de cada una de estas regiones se enfrentaron a un conflicto grave: obedecer a una ideología de liberación y escribir en las lenguas nativas, o aceptar el inglés como lengua franca y aspirar a un público de lectores más abundante. Es un problema de difícil solución, al que los autores han respondido de manera distinta: Rushdie aprovecha el inglés para minar la hegemonía del inglés británico; Ngũgĩ wa Thiong'o lo rechaza y escribe en gikuyu.

Canadá plantea un caso diferente: vive la esquizofrenia de sus dos lenguas, el francés y el inglés. Porque si cada idioma significa un modo de ver el mundo, dos miradas conviven en el territorio canadiense, cada una de ellas proponente de una cultura distinta. Desde luego, los escritores nacen francófonos o hablan el inglés. No está allí el problema, sino en la definición de una identidad nacional y en la presencia constante de roces sutiles pero molestos entre las dos mitades.

De esto nos hace conscientes el opúsculo de Nair y Claudia. Pero agrega otras consideraciones: el desarrollo peculiar tenido por la literatura de cada zona estudiada, la mención de los autores más importantes de conocer, la enumeración de las obras sobresalientes y, en la bibliografía, la presencia de textos críticos que nos sería provechoso leer.

Quizás uno de los rasgos sobresalientes del estudio que comentamos sea el siguiente: no se limita a describirnos la relación que con Inglaterra guardan los cinco países analizados. Incluye el avance de núcleos literarios representativos de otras realidades de esas zonas. Así, vemos el gradual pero pujante crecimiento de la narrativa hecha por las poblaciones aborígenes, por aquellas de los inmigrantes y por la femenina. Es curioso constatar que cada literatura, empeñada en crearse una presencia frente al desdén europeo, sufre a su vez el embate de grupos minoritarios a los que no venía prestando atención. Este alertamiento al lector del opúsculo es necesario: nos concientiza de la existencia de un problema de ninguna manera desdeñable.

Un ángulo más presentado por este informativo ensayo: parece ganar en fuerza una contracorriente. Es decir, si en su momento la influencia vino del continente europeo, de Inglaterra en este caso, ahora los hallazgos lingüísticos, temáticos, de enfoque narrativo y de recursos escriturales van de las antiguas colonias a la metrópoli. Algo muy significativo queda representado en esa inversión del movimiento de influencias.

Desde luego, *Las voces de Calibán* es un breve estudio lleno de información y de puntos para que el lector medite. Bien escrito y ameno, abre nuestros horizontes en más de un sentido. Porque nos quita la soberbia de pensar que sólo en los grandes imperios de antaño se crea literatura; porque plantea con claridad los problemas culturales surgidos de un pasado colonial; porque nos pone al tanto de escritores y obras que desconocíamos y que, gracias a Nair y Claudia, se antoja mucho leer. Un texto, pues, satisfactorio.

Federico PATÁN